

KATE KIRKPATRICK

A black and white portrait of Simone de Beauvoir, looking directly at the camera with a serious expression. Her dark hair is pulled back, and she is wearing a dark, textured turtleneck sweater. The background is a soft, out-of-focus grey.

*Convertirse en*  
**BEAUVOIR**

*Una biografía*

PAIDÓS

KATE KIRKPATRICK

# CONVERTIRSE EN BEAUVOIR

---

Una vida

Traducción de Fernando Borrajo

PAIDÓS Contextos

Título original: *Becoming Beauvoir*, de Kate Kirkpatrick  
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc  
e International Editors' Co.

1.<sup>a</sup> edición, marzo de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Kate Kirkpatrick, 2019  
© de la traducción, Fernando Borrajo Castanedo, 2020  
© de todas las ediciones en castellano,  
Editorial Planeta, S. A., 2020  
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El listado de créditos de las imágenes contenidas en esta obra se encuentra en la pág. 437

ISBN: 978-84-493-3677-5  
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L. U.  
Depósito legal: B. 754-2020

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Todas las relaciones entre mujeres, pensé recorriendo rápidamente el espléndido museo de mujeres imaginarias, son demasiado sencillas. Se han omitido tantas cosas, muchas de ellas involuntariamente. [...] Casi sin excepción se las muestra en su relación con los hombres.

VIRGINIA WOOLF, *Una habitación propia*

Emancipar a la mujer consiste en negarse a encerrarla en las relaciones que mantiene con el hombre, que no en impedirselas.

SIMONE DE BEAUVOIR, *El segundo sexo*

*Para Pamela*

in memoriam amoris amicitiae

# INTRODUCCIÓN

---

## ¿Quién es Simone de Beauvoir?

Un día de 1927, Simone de Beauvoir tuvo una discusión con su padre sobre el significado del amor. En una época en que casi todas las mujeres aspiraban al matrimonio y la maternidad, Simone, a sus diecinueve años, leía libros de filosofía y soñaba con encontrar una ideología a la que pudiera adherirse. Su padre decía que «amar» significa «prestar servicio, afecto, gratitud...». Simone no estaba de acuerdo: para ella el amor era mucho más que gratitud, mucho más que lo que le debemos a alguien por lo que ha hecho por nosotros. «¡Hay tanta gente —escribió Beauvoir al día siguiente en su diario— que no ha conocido el amor!»<sup>1</sup>

Aquella joven de diecinueve años no sabía que iba a convertirse en una de las intelectuales más famosas del siglo xx, que se escribiría mucho sobre su vida y que tendría miles de lectores. Que solo sus cartas y su autobiografía ocuparían más de un millón de palabras,<sup>2</sup> y que publicaría ensayos filosóficos, novelas de reconocido prestigio, relatos cortos, una obra de teatro, cuadernos de viaje, ensayos políticos, artículos periodísticos..., por no mencionar su obra maestra, *El segundo sexo*, considerada hoy en día como «la biblia feminista». No sabía que fundaría revistas políticas, que haría campaña para modificar la legislación vigente, que se opondría al trato inhumano dispensado a los argelinos, que pronunciaría conferencias en todo el mundo y que estaría al frente de comisiones gubernamentales.

Simone de Beauvoir sería también una de las mujeres más destacadas del siglo xx. Formó, junto con Jean-Paul Sartre, una de las

parejas intelectuales más polémicas y poderosas del momento. Pero, lamentablemente, muchos creían que era él quien aportaba la fuerza intelectual, mientras que ella ponía simplemente la compañía. Cuando murió en París en 1986, el obituario de *Le Monde* destacó en el titular que su obra había sido «más divulgativa que creativa».<sup>3</sup> Tras leer las biografías existentes, Toril Moi escribió en 1994 que «seguro que se nos perdonará por considerar que la relevancia de Simone de Beauvoir se debe en buena medida a su poco ortodoxa relación con Jean-Paul Sartre y con otros amantes».<sup>4</sup>

Desde entonces han salido a la luz algunas revelaciones sobre Beauvoir que sorprendieron incluso a quienes creían conocerla bien. Pero, irónicamente, también empañaron su prestigio en el campo del pensamiento, ya que se perpetuaba la falsa creencia de que su vida amorosa era lo más interesante de ella, cuando fue la filosofía la que le hizo vivir esa vida, y reflexionar sobre ella y seguir evaluándola constantemente. Para decirlo con sus propias palabras: «No hay divorcio entre filosofía y vida. Cada paso que damos en la vida es una decisión filosófica».<sup>5</sup>

Cuando Simone de Beauvoir tomaba la pluma, no solo escribía para sí misma, sino también para sus lectores. Sus textos autobiográficos pretenden mostrar que, desde el punto de vista filosófico, «el yo está siempre condicionado por los otros, con los cuales se relaciona».<sup>6</sup> Pero Beauvoir iba más allá del *dictum* de John Donne según el cual «ningún hombre es una isla», pues en sus escritos autobiográficos, además de presentar su relación con los demás, defiende la idea de que *ser* uno mismo no implica que el yo permanezca inalterado desde la cuna hasta la muerte. Ser uno mismo implica cambiar continuamente junto con otras personas que también están cambiando, en un proceso de irreversible *devenir*.

Los filósofos han reflexionado desde la época de Platón sobre la importancia del conocimiento de sí para la buena vida. Sócrates decía que, si quieres ser sabio, tienes que conocerte antes a ti mismo. Nietzsche hablaba de «llegar a ser quien eres». Pero Beauvoir contestaba en otros términos: ¿y si, siendo mujer, tienes vedado el ser «quien eres»? ¿Y si el llegar a ser tú misma supone al mismo tiempo un fracaso en lo que deberías ser, un fracaso como mujer o como amante o como madre? ¿Y si el llegar a ser tú misma te hace objeto del ridículo, del desdén o de la vergüenza?

El siglo de Beauvoir fue una época de cambios radicales en las oportunidades que se ofrecían a las mujeres. A lo largo de su vida (1908-1986), ella misma vio cómo las mujeres entraban en la universidad con las mismas prerrogativas que los hombres y cómo conquistaban el derecho a votar, a divorciarse y a utilizar anticonceptivos. Fue testigo del ascenso de la bohemia parisina en la década de 1930 y de la revolución sexual en la de 1960. *El segundo sexo* salió al mercado entre estos dos importantes momentos culturales, y cuando lo hizo revolucionó la forma de pensar sobre sí mismas —y de hablar en público— que tenían las mujeres. La educación filosófica de Beauvoir no tenía precedentes en su generación, y, aun contando con semejante bagaje, cuando poco antes de cumplir los cuarenta empezó a preguntarse qué había significado para ella «ser mujer» se asombró de sus propios descubrimientos.

En un siglo durante el cual el «feminismo» llegó a significar muchas cosas distintas, Simone escribió *El segundo sexo* porque le indignaba la «cantidad de sandeces» que se decían sobre las mujeres, porque estaba harta de los ríos de tinta que hacía correr el «problema del feminismo». <sup>7</sup> Pero, cuando escribió su famosa frase —«no se nace mujer, se llega a serlo»—, Beauvoir no sabía hasta qué punto iba a afectar ese libro a su vida y a la de quienes vivieron después.

Se han escrito miles de páginas para intentar aclarar el sentido de esa frase, para explicar qué significa «llegar a ser» mujer. Este libro aborda la cuestión de cómo Beauvoir «llegó a ser» ella misma. Cuando tenía dieciocho años escribió en su diario que había llegado a la conclusión de que era imposible «poner su vida en orden sobre el papel» porque se trataba de un devenir incesante; pero cuando volvió a leer lo que había anotado la jornada anterior, dijo que era como contemplar «momias» de «yoes “muertos”». <sup>8</sup> Beauvoir era una filósofa sumamente reflexiva, que cuestionaba sin cesar los valores de la sociedad y el sentido de su vida.

Debido a la importancia que Beauvoir atribuyó al paso del tiempo en la experiencia de todo ser humano, esta biografía sigue la cronología de su vida. A medida que envejecía, dijo, su mundo iba cambiando, y también su relación con él. Cuando Beauvoir escribía el relato de su vida para que otros lo leyeran, quería «mostrar las transformaciones, la maduración, el deterioro irreversible de los demás y de [sí] misma».

Puesto que la vida se despliega a lo largo del tiempo, Simone quería seguir «el hilo que los años han desenrollado».<sup>9</sup> En eso se parecía a la joven que había sido, a la lectora adolescente de Henri Bergson. Un yo no es una cosa, escribió Bergson, sino un «progreso», una «actividad viva»,<sup>10</sup> un *devenir* que sigue experimentando cambios hasta que encuentra su límite en la muerte.

La mujer que llegó a ser Beauvoir fue en parte fruto de sus propias decisiones. Pero no era demasiado consciente de la tensión que existe entre ser una causa en sí misma y ser un producto creado por otros, del conflicto entre sus propios deseos y las expectativas de los demás. Durante siglos los filósofos franceses habían debatido acerca de si es mejor vivir la vida siendo visto o sin ser visto por los demás. Descartes afirmó (siguiendo a Ovidio) que «para vivir bien hay que vivir sin ser visto».<sup>11</sup> Sartre escribió cientos de páginas sobre la «mirada» objetivadora de los demás, que nos obliga a mantener relaciones de subordinación. Beauvoir discrepaba: para vivir bien, los seres humanos deben ser vistos por los otros, pero deben ser vistos adecuadamente.

Lo malo es que la visión adecuada depende de quien nos esté viendo y del momento en que nos observe. Imagina que eres una mujer de cincuenta y pocos años y que de repente decides escribir tu biografía. Empiezas por tu infancia y juventud, sigues con tu mayoría de edad como mujer, y publicas dos libros de gran éxito. En ellos describes dos conversaciones que mantuviste con un hombre famoso que fue tu amante cuanto contabas veintiún años de edad. Para entonces, tú también has triunfado y eres conocida en el mundo entero. Pero estamos en la década de 1950, y en esos momentos las autobiografías femeninas no han alcanzado aún su punto de inflexión, cuando sus protagonistas empezaron a reconocer públicamente que tenían ambiciones y sentían ira, además de exponer sus grandes logros intelectuales y de hablar de su propio apetito sexual, que no podía ser saciado ni por un hombre famoso. Imagina que tus relatos se vuelven legendarios, tan legendarios que se convierten en una lente a través de la cual muchas personas miran tu vida entera, aunque solo la contemplen durante un rato.

La imagen pública de Beauvoir ha sido modelada —hasta el extremo de deformarla— por dos de las historias que nos transmitió ella misma en sus memorias. La primera nos lleva a octubre de 1929,

cuando dos estudiantes de filosofía estaban sentados frente al Louvre hablando de su relación. Habían sacado los dos primeros puestos en unas duras oposiciones de ámbito nacional (Sartre el primero y Beauvoir el segundo) y ambos estaban a punto de iniciar su carrera profesional como profesores de filosofía. Jean-Paul Sartre tenía veinticuatro años, Beauvoir veintiuno. Sartre —según cuentan— no quería una fidelidad convencional, por lo que hicieron un «pacto»: cada cual sería el «amor esencial» del otro, pero permitía que el compañero tuviera «amores contingentes». <sup>12</sup> Sería una relación abierta, en la que el otro tendría siempre reservado el primer lugar en su corazón. Se lo contarían todo, dijeron; y para empezar firmarían una especie de «alquiler por dos años». Aquella pareja sería, en palabras de Annie Cohen-Solal, biógrafa de Sartre, «un modelo digno de emulación, un sueño de complicidad eterna, un éxito extraordinario, puesto que, en principio, parecía reconciliar lo irreconciliable: los dos compañeros seguían siendo libres, iguales y sinceros». <sup>13</sup>

Ese «pacto de “poliamor”» ha despertado tanta curiosidad que se han publicado biografías tanto de su relación personal como de su vida por separado; en *How the French Invented Love* se les dedica un capítulo entero; y en la prensa se les presenta como «la primera pareja moderna». <sup>14</sup> El escritor Carlo Levi dijo en una ocasión que *La plenitud de la vida* narraba «la mayor historia de amor de nuestro siglo». <sup>15</sup> En su libro sobre la relación de Beauvoir y Sartre, publicado en 2008, Hazel Rowley escribe: «Están enterrados juntos, como Abelardo y Eloísa, con sus nombres unidos para siempre jamás. Son una de las parejas más legendarias del mundo. Es imposible pensar en el uno sin pensar en el otro: Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre». <sup>16</sup>

He escrito este libro porque es realmente difícil pensar en el uno sin el otro. Tras investigar la filosofía inicial de Sartre, empecé a sospechar que había algunas asimetrías en la forma de interpretar la vida de Beauvoir y la de Sartre. ¿Por qué, cuando murió Beauvoir, todos los obituarios mencionaron a Sartre, mientras que, a la muerte de Sartre, solamente algunas necrológicas la mencionaban a ella?

Durante gran parte del siglo xx, e incluso del xxi, Beauvoir no fue recordada como filósofa por derecho propio. La causa reside, en parte, en la segunda historia que relata en sus memorias. A principios de 1929 se encontraba en París, junto a la Fontaine Médicis de los Jar-

dines de Luxemburgo, cuando decidió exponerle a Sartre sus propias ideas acerca de la «ética pluralista», que había estado desarrollando en su cuaderno, pero Sartre «las desestimó», y entonces ella empezó a dudar de su «verdadera capacidad» intelectual.<sup>17</sup> No cabe duda de que Beauvoir era una de las mejores estudiantes de filosofía en una época estelar; a sus veintiún años iba a ser la persona más joven en aprobar los difícilísimos exámenes de *agrégation* organizados ese mismo verano. Al igual que Sartre, el incipiente filósofo Maurice Merleau-Ponty buscó a Beauvoir por su conversación, que valoró tanto como para dialogar con ella en persona y por escrito durante varias décadas. Pero más adelante la propia Beauvoir insistía: «Yo no soy filósofa [...], [soy] escritora. El filósofo es Sartre».<sup>18</sup>

Aquella conversación junto a la Fontaine Médicis hizo que las generaciones posteriores se preguntaran si Simone de Beauvoir, la misma mujer que había escrito *El segundo sexo*, estaba subestimando sus propias aptitudes. Y en tal caso, ¿por qué haría algo así? Beauvoir fue un personaje extraordinario: muchas de sus conquistas allanaron el camino para otras mujeres, consiguió cosas inauditas. En los círculos feministas ha sido homenajead por su ejemplaridad, porque es «un símbolo de cómo uno puede vivir la vida como quiera, a pesar de todo, sin prejuicios ni convencionalismos, incluso siendo mujer».<sup>19</sup> Sin embargo, una de las principales denuncias de *El segundo sexo* es que ninguna mujer ha vivido una vida «exenta de convencionalismos y prejuicios». Beauvoir no fue la excepción. Y esta biografía cuenta cómo ella misma los sufrió de muchas maneras, y también cómo los combatió.

Los lectores más atentos siempre han sospechado que, en su autobiografía, Beauvoir transmitía una imagen alterada de sí misma, pero no siempre queda claro cómo o por qué motivo la retocaba. Al fin y al cabo, el pacto con Sartre mostraba a una mujer dispuesta a decir la verdad, y la autora de *El segundo sexo* quería arrojar luz sobre la realidad de la situación en que se encontraban las mujeres. ¿Acaso su compromiso con la investigación terminaba en ella misma? Si no era así, ¿por qué mantenía ocultas algunas de las partes más relevantes de su vida, tanto en lo personal como en lo intelectual? ¿Y por qué es importante replantearnos la forma en que recordamos su vida?

La primera respuesta a las dos últimas preguntas es que tenemos

acceso a nueva información. La autobiografía de Beauvoir se publicó en cuatro volúmenes entre 1958 y 1972. A lo largo de su vida, escribió muchas otras obras basadas en material autobiográfico, entre las cuales se encuentran el relato de sus viajes a Estados Unidos (1948) y a China (1957), así como las narraciones sobre la muerte de su madre (1964) y la de Sartre (1981). Además publicó una selección de la correspondencia dirigida a ella misma (1983).<sup>20</sup>

Algunos de los que formaban parte del círculo formado en torno a Sartre y Beauvoir —conocido como «la familia Sartre» o simplemente como «la familia»— creían saber qué quería hacer ella con semejante proyecto autobiográfico: tomar el control de la imagen pública de ambos. Muchos suponen que actuó así por celos, pues quería ser recordada como la mujer más importante en la vida de Sartre, como su «amor esencial».

Pero desde la muerte de Beauvoir en 1986 han salido a la luz nuevas cartas y diarios que ponen en duda esta suposición. Tras publicar, en 1983, las cartas que le escribió Sartre, Beauvoir perdió algunos amigos por hacer públicos los detalles de su relación. Y, cuando en 1990 se publicaron con carácter póstumo su diario de guerra y sus cartas a Sartre, muchos se sorprendieron al enterarse de que Beauvoir no solo había mantenido relaciones lésbicas, sino que además se habían relacionado con mujeres que eran antiguas alumnas suyas. La correspondencia con Sartre también revelaba el carácter filosófico de su amistad, así como la influencia de Beauvoir en la obra de su compañero, pero esto último suscitó menos comentarios.<sup>21</sup>

En 1997 aparecieron publicadas las cartas a su amante norteamericano, Nelson Algren, y los lectores vieron de nuevo a una Beauvoir desconocida: una Simone tierna y sensible que tenía palabras más apasionadas para Algren que para Sartre. Menos de una década después, en 2004, se publicó en francés su correspondencia con Jacques-Laurent Bost, en la cual queda patente que, durante los primeros diez años de su pacto con Sartre, Beauvoir mantuvo otra ardiente relación con un hombre que le fue fiel hasta el día de su muerte. Fue una revelación sorprendente que desplazó a Sartre del cenit romántico que ocupaba en la imaginación de los lectores. Sartre se esforzó en explicar el papel decisivo que Beauvoir desempeñaba en su vida intelectual, reconociendo públicamente su profunda influencia crítica

en el desarrollo de su propia obra. Pero, si queremos evaluar la vida de Beauvoir, tenemos que desplazar a Sartre de su centro.

Durante la última década han aparecido más publicaciones y documentos que describen a Beauvoir con mayor nitidez. Sus diarios estudiantiles —que muestran el desarrollo de su filosofía *antes* de conocer a Sartre, así como sus primeras impresiones sobre la relación establecida entre ambos— revelan que la vida que ella vivía era muy distinta de la que narraba en sus escritos. Sus diarios se publicaron en Francia en 2008, pero todavía no están traducidos en su totalidad, por lo que ese período de su vida no es muy bien conocido fuera de los círculos académicos. Y en 2018 los investigadores pudieron acceder a nuevos materiales, incluso a las cartas que escribió Beauvoir al único amante con el que vivió y el único al que tuteaba: Claude Lanzmann.<sup>22</sup> Ese mismo año se publicó en Francia una edición en dos volúmenes de los diarios de Beauvoir, con fragmentos inéditos y apuntes de trabajo para sus manuscritos. Además de estas publicaciones, durante los últimos años Margaret Le Bon de Beauvoir, directoras de la colección Beauvoir, se han encargado de localizar, traducir y editar o reeditar muchos de los primeros escritos de Simone de Beauvoir, desde sus ensayos filosóficos sobre ética y política hasta artículos para las revistas *Vogue* y *Harper's Bazaar*.

Este nuevo material muestra que Beauvoir omitió muchos detalles en sus memorias, pero también desvela algunos de los motivos de esas omisiones. En esta era saturada de información y publicidad digital, resulta difícil imaginar hasta qué punto la autobiografía de Beauvoir desafiaba las ideas convencionales en materia de privacidad. Sus cuatro volúmenes (o seis, contando las narraciones sobre la muerte de su madre y la de Sartre) crearon una sensación de íntima familiaridad con sus lectores. Pero Beauvoir nunca prometió contarle todo: de hecho, les dijo a sus lectores que había desdibujado algunas cosas intencionadamente.<sup>23</sup>

El material más reciente —los diarios y las cartas inéditas a Claude Lanzmann— muestra que no solo evitaba mencionar a sus amantes, sino que además ocultaba la génesis de su filosofía del amor y el influjo de su ideología sobre Sartre. A lo largo de su vida se vio acosada por personas que dudaban de su competencia o de su originalidad, insinuando incluso que Sartre le escribía los libros. Hasta del «colosal

edificio» que es *El segundo sexo* se dijo que estaba basado en «dos postulados insustanciales» que Beauvoir habría tomado prestados de *El ser y la nada*; la acusaron de citar las obras de Sartre «como si fueran un texto sagrado».<sup>24</sup> En algunos de sus escritos, Beauvoir tacha estas infravaloraciones de burdas falsedades; pero lo cierto es que la afligieron durante la vida y la persiguieron incluso después de su muerte: además del obituario que la tildó de simple divulgadora, en otra necrológica se afirmó con desdén que Beauvoir era «incapaz de inventar nada».<sup>25</sup>

El lector actual tal vez se sorprenda de que acusaran a una mujer como ella de falta de originalidad. Pero era (y por desgracia sigue siendo) una descalificación utilizada con frecuencia contra las escritoras, quienes a menudo la interiorizaban. Beauvoir tenía obviamente sus propias ideas, algunas de las cuales se parecían mucho a las que hicieron famoso a Sartre; en una ocasión publicó un artículo con su nombre porque él estaba demasiado ocupado para escribirlo, y nadie se dio cuenta. Sartre reconoció que fue idea de ella que *La náusea* fuera una novela en lugar de un abstracto tratado filosófico, y que Beauvoir era una crítica rigurosa gracias a cuya perspicacia pudo mejorar todos sus manuscritos antes de su publicación. Durante las décadas de 1940 y 1950 Beauvoir escribió y publicó sus propios ensayos filosóficos, criticó a Sartre y con el tiempo hasta le hizo cambiar de opinión. En su última autobiografía, Beauvoir se defendió de los ataques contra su propio talento, afirmando abiertamente que ella tenía su propia filosofía sobre el ser y la nada antes de conocer a Sartre (quien sin embargo escribió el célebre ensayo filosófico del mismo título), y que no sacaba las mismas conclusiones que él. Pero esa reivindicación de su independencia y originalidad no fue escuchada, como tampoco lo fue la afirmación de que algunas ideas «sartrianas» no eran realmente de Sartre.

Esto me lleva a la segunda respuesta a la pregunta de por qué deberíamos reconsiderar ahora la vida de Simone de Beauvoir. Las biografías revelan aquello que le importa a una sociedad, aquello que en realidad valora, por lo que, encontrando los valores de otra persona en otro tiempo, podemos aprender más cosas acerca de nuestra propia época. *El segundo sexo* criticó muchos «mitos» de la feminidad porque eran las proyecciones de los miedos y fantasías de

los hombres con respecto a las mujeres.<sup>26</sup> Muchos de esos mitos nos impiden considerar a las mujeres como sujetos agentes, como seres humanos que toman decisiones y desarrollan proyectos para su vida, que quieren amar y ser amadas como tales, y que sufren cuando son vistas por los demás como simples objetos. Antes de conocer a Sartre, el año anterior a la discusión con su padre sobre el sentido del amor, la joven Beauvoir escribió en su diario: «Hay varias cosas que detesto del amor».<sup>27</sup> Sus objeciones eran de naturaleza ética: los hombres no estaban sometidos a los mismos ideales que las mujeres. En el entorno en el que se crio, llegar a ser un yo ético suponía aprender a «amar al prójimo como a ti mismo». Pero Beauvoir veía que ese precepto casi nunca se aplicaba: las personas parecían querer a sí mismas demasiado o demasiado poco; ningún ejemplo tomado de los libros o de la vida satisfacía sus expectativas.

Hay muchas dudas sobre si los amores de Beauvoir satisficieron sus expectativas. Pero sí sabemos que ella tomó la decisión de vivir una vida filosófica, una vida de reflexión guiada por sus propios valores intelectuales, una vida libre. Decidió llevar a cabo su propósito escribiendo en diferentes estilos literarios y apoyándose en toda una vida de conversaciones con Sartre. Conviene reconsiderar la vida de Beauvoir porque Sartre y ella estaban unidos en la imaginación popular por una palabra muy ambigua —«amor»—, y este era un concepto que ella misma examinó desde el punto de vista filosófico durante años.

Volver a analizar la vida de Beauvoir también es importante porque con el paso del tiempo a ella empezó a disgustarle cómo describían su vida, cómo el personaje «Simone de Beauvoir» se alejaba de la idea del matrimonio convencional para quedar subsumido en una trama erótica distinta. Incluso después de su muerte, las hipótesis más extendidas sobre «lo que quieren las mujeres» y «lo que pueden hacer» siguieron influyendo en la manera de recordar la vida de Simone de Beauvoir. Tanto desde el punto de vista romántico como desde el intelectual, se la presentaba como la presa de Sartre.

Desde la perspectiva romántica, la idea de que Beauvoir era la víctima de Sartre se basa en la suposición de que, en lo que respecta al «amor», todas las mujeres, si son sinceras consigo mismas, aspiran a una monogamia para toda la vida. A lo largo de los cincuenta años que duró la «legendaria pareja», Sartre cortejó en público a numero-

sas mujeres «contingentes». Beauvoir, a su vez, *parecía* (porque no las menciona en sus memorias) mantener pocas relaciones contingentes con otros hombres, todas las cuales terminaron cuando ella tenía cincuenta y pocos años. Partiendo de esa base, algunas personas llegaron a la conclusión de que Sartre la convenció para que aceptase una relación de explotación en la que ellos, pese a no estar casados, representaban los consabidos papeles de mujeriego irresponsable y mujer fiel. A veces, la vida de Beauvoir se interpreta como una consecuencia natural de las normas patriarcales, según las cuales una mujer madura o intelectual no era tan deseable como un hombre de las mismas características. Y, en ocasiones, ella misma es víctima de su propia insensatez. Como dijo Bianca Lamblin, una alumna suya: Beauvoir «sembró la semilla de su propia infelicidad» al rechazar el matrimonio y la familia.<sup>28</sup> Louis Menand escribió en *The New Yorker* que «Beauvoir era extraordinaria, pero tampoco era de hielo. Aunque sus relaciones fueron casi siempre aventuras amorosas, de cada página que escribió se desprende que habría renunciado a todas si hubiera podido tener a Sartre solo para ella».

En cambio, los diarios estudiantiles de Beauvoir muestran que, a las pocas semanas de conocer a Sartre, le asignó ya un papel irremplazable; estaba tan contenta de haberlo conocido que escribió: «Lo llevo en el cuerpo y en el corazón, y, sobre todo (*pues en mi cuerpo y en mi corazón podría llevar a otros*), es el amigo incomparable de mi pensamiento».<sup>29</sup> Era más amistad que amor, según le contó a Nelson Algren en una carta, porque a Sartre «no le interesa demasiado el sexo. Es un hombre cálido y animado en cualquier circunstancia, pero no en la cama. Me di cuenta en seguida, aunque tuviera poca experiencia; y, poco a poco, me empezó a parecer inútil, e incluso indecoroso, seguir siendo amantes».<sup>30</sup>

¿Fue acaso «la gran historia de amor del siglo xx» la historia de una amistad?

Desde el punto de vista intelectual, Beauvoir también ha sido retratada como una víctima de Sartre, del patriarcado o del fracaso personal. ¿Interiorizó Beauvoir la misoginia? ¿Dudaba de su propia capacidad para la filosofía? A lo largo de su vida, Beauvoir fue acusada de «popularizar» las ideas de Sartre. Se la ha comparado con un espejo de aumento, que tiene «la mágica y deliciosa capaci-

dad de reflejar la imagen de un hombre al doble de su tamaño real».<sup>31</sup> Y, lo que es peor, se la ha acusado de adoptar complacida ese rol reflectante.

Pero resulta difícil saber hasta qué punto esa posición supuestamente «secundaria» es cosa de los mismos Beauvoir y Sartre y hasta qué punto hay que atribuirlo al extendido sexismo cultural. Sabemos que, incluso en la actualidad, a las mujeres se las suele presentar desde el punto de vista de sus relaciones (personales o familiares) antes que desde la perspectiva profesional; que para describirlas se usan más los verbos pasivos que los verbos de acción; que son objeto de distinciones negativas (por ejemplo, «pese a ser una mujer, Simone pensaba como un hombre») y que se las parafrasea en vez de citarlas con sus propias palabras.

Los comentarios sobre la carrera de Beauvoir nos proporcionan incontables ejemplos acerca de su representación pública, de cómo era considerada un doble adocenado de Sartre o algo peor:

***The New Yorker*, 22 de febrero de 1947**

«Es el equivalente femenino de Sartre.» «La existencialista más guapa que conocemos.»

**William Barrett (filósofo), 1958**

«Esa mujer, su amiga, la que escribió un libro sobre reivindicaciones femeninas.»<sup>32</sup>

***Le Petit Larousse*, 1974**

«Simone de Beauvoir: una mujer de letras, la discípula de Sartre.»

***The Times* (Londres), 1986**

«En su pensamiento político y filosófico, Beauvoir sigue el ejemplo de Sartre.»<sup>33</sup>

***Le Petit Larousse*, 1987**

«Simone de Beauvoir, la discípula y compañera de Sartre, es una apasionada feminista.»

**Deirdre Bair, primera biógrafa de Beauvoir, 1990**

La «compañera» de Sartre, la que «aplica, difunde, aclara, defiende y administra» sus «principios filosóficos, estéticos, éticos y políticos».<sup>34</sup>

***The Times Literary Supplement*, 2001**

«¿Esclava sexual de Sartre?»<sup>35</sup>

Como muchas de las opiniones de Beauvoir no han estado a nuestra disposición hasta hace relativamente poco, algunos de sus comentaristas más perspicaces nos la han presentado como una mujer que sucumbió pasivamente a los encantos de Sartre. Desde el punto de vista intelectual, Beauvoir ha sido descrita como una «filósofa encubierta» que renunció a la filosofía (subordinándose a Sartre) porque consideraba que el éxito intelectual era *«incompatible con la seducción»*.<sup>36</sup> Desde el punto de vista romántico, Toril Moi describe la relación de Beauvoir con Sartre como «el único lugar sacrosanto de su vida que estaba protegido incluso de su propia atención crítica».<sup>37</sup> bell hooks sostiene que «Beauvoir consintió pasivamente que Sartre se adueñase de sus ideas sin citar siquiera la fuente».<sup>38</sup> Pero, desde el punto de vista personal, Beauvoir se mostró crítica con Sartre desde los primeros momentos de su relación; y, desde la perspectiva filosófica, defendió su propia originalidad, aunque también es cierto que esa defensa se acentuó más adelante, cuando se dio cuenta de lo exageradas y unilaterales que eran las consideraciones sobre la influencia de Sartre en su propio pensamiento.

Además de aparecer como una víctima explotada, Beauvoir ha sido descrita también como una arpía explotadora. La publicación póstuma de su correspondencia con Sartre y de sus diarios de la Segunda Guerra Mundial reveló que, a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, había mantenido relaciones sexuales con tres mujeres que habían sido alumnas suyas. En algunos casos, Sartre tenía después relaciones con ellas. Ya es bastante lamentable, objetan algunos, que se aprovechara de mujeres mucho más jóvenes que ella, pero ¿acaso las estaba «preparando» para Sartre? La pareja del pacto valoraba ciertamente el hecho de decir la verdad, pues era una parte fundamental de la mitología creada en torno a su relación. Así pues, los detalles de sus tríos, cuando salieron a la luz, provocaron tanto

asombro como indignación y destruyeron su reputación: «Resultó que estos dos defensores de la verdad engañaban continuamente a unas jovencitas emocionalmente inestables».<sup>39</sup>

Pero, una vez más, el desdén que suscitaron fue sospechosamente asimétrico: ya fuera porque era mujer o porque era la mujer que escribió *El segundo sexo*, el caso es que resultaba mucho más sorprendente que *ella* se comportase de semejante manera. En 2009, cuando su *Diario de guerra* se publicó en inglés, una indignada crítica literaria tituló su reseña «La mentira y la nada», manifestando su estupefacción ante tantas «páginas vergonzosas» incluidas en aquellas memorias.<sup>40</sup> Para algunos lectores, aquella Beauvoir solo se interesaba por sí misma y sus novelas eran pura vanidad. En 1991, cuando se publicó la edición inglesa de su correspondencia con Sartre, Richard Heller calificó de «insulsa» a Simone de Beauvoir y lamentó la «naturaleza narcisista y desmoralizadora de aquellos textos».<sup>41</sup>

Quizá los lectores tengan la tentación de dejar de lado a Beauvoir cuando vean la forma en que describía a aquellas tres mujeres. Una de sus amantes —con la que mantuvo la amistad hasta su muerte— escribió unas memorias tras la publicación póstuma de las cartas de Beauvoir a Sartre. Aunque aparecieran varias décadas después de su redacción, al leerlas se sintió utilizada y traicionada. ¿A quién deberíamos creer y en qué momento? ¿Qué sentido tenían todas esas acusaciones vertidas contra la misma mujer que luego escribió una rigurosa ética exigiendo que se tratara a las mujeres con el respeto debido, conforme a su dignidad como personas libres y conscientes? No olvidemos que la palabra «sexismo» fue incorporada al diccionario de la lengua francesa gracias a la propia Beauvoir.<sup>42</sup> Fue admirada por feministas como Toril Moi y bell hooks, que la consideraban «la intelectual más emblemática del siglo xx», «la única escritora y pensadora que había vivido con plenitud la vida intelectual que yo anhelaba».<sup>43</sup>

La respuesta a esas preguntas es importante porque las feministas invocan la autoridad de Beauvoir para legitimar sus propias reivindicaciones, tanto si esta concordaba con ellas como si no. «Simone de Beauvoir» se ha convertido en un producto de consumo feminista y posfeminista; «una imagen corporativa, una persona convertida en una marca».<sup>44</sup> Pero la percepción de las marcas suele ser muy cambiante. Si bien algunas feministas elogiaron su perspicaz análisis de

la opresión de que eran objeto las mujeres, sus críticas a los ideales del amor enfurecieron a algunas de sus contemporáneas, quienes contraatacaron menospreciándola e insultándola. Cuando en mayo de 1949 Beauvoir publicó un pasaje de *El segundo sexo* en el que sostiene la idea de que las mujeres no buscan una guerra de los sexos, sino que quieren (entre otras cosas) sentir «el deseo y el respeto» de los hombres en la vida sexual, François Mauriac preguntó con sarcasmo: «¿[Es] una revista filosófica y literaria el lugar adecuado para tratar el tema que propone Madame Simone de Beauvoir?». <sup>45</sup> Cuando Pascal se preguntaba si el amor y la justicia entraban en conflicto, estaba haciendo filosofía. Cuando Kant y Stuart Mill analizaron la función del amor en la ética, estaban haciendo filosofía. <sup>46</sup> Pero cuando Beauvoir llevó el debate sobre el amor y la justicia al terreno de las relaciones íntimas entre hombres y mujeres, la llamaron «Madame» —con el fin de resaltar su vergonzosa condición de soltera— y la acusaron de bajar el listón.

*A posteriori*, da la impresión de que Beauvoir era el objetivo de una ofensiva *ad feminam*: si los críticos conseguían reducirla a un fracaso como mujer, destacando su desviación de la feminidad, o su fracaso como pensadora, porque carecía de originalidad y se lo debía todo a Sartre, o su fracaso como ser humano, destacando la desviación de sus propios ideales éticos, entonces sus ideas no merecerían un análisis profundo.

Evidentemente, tanto los hombres como las mujeres pueden enfrentarse a la falacia con un argumento *ad hominem*, esto es, con una estrategia argumentativa que distrae la atención del asunto objeto de debate para arremeter contra el carácter de la persona que discute o contra los motivos que la impulsan. Pero a Beauvoir no la acusaron solamente de tener una personalidad débil y una motivación endeble; también se la acusó de ir en contra de la naturaleza, de ser un fracaso como mujer. Las últimas investigaciones psicológicas indican que las mujeres que alcanzan posiciones denominadas *agentivas* —es decir, posiciones en las que muestran autoridad gracias a la aptitud, la seguridad en sí mismas y la firmeza de carácter— suelen ser castigadas con «penas de dominancia social». Si las mujeres rompen las jerarquías de género, alcanzando posiciones altas y tradicionalmente masculinas, por lo general se las considera arrogantes o autoritarias, y se las pe-

naliza «poniéndolas en su sitio» —a veces de manera inconsciente— a fin de preservar la jerarquía de género.<sup>47</sup>

Beauvoir transgredió esta jerarquía tanto en la teoría como en la práctica: intentó vivir la vida conforme a sus ideas, que curiosamente irritaban tanto a los hombres como a las mujeres. En este sentido, su historia —la de ella sola y la de su relación con Sartre— nos plantea interrogantes sobre lo que es verdad con respecto a esta mujer y a este hombre, pero también acerca de lo que podemos afirmar con certeza respecto a los hombres y las mujeres en general. En el panorama intelectual de nuestros días, cada vez se concede menos valor a las categorías generales de «hombre» y «mujer»; es más, las categorías mismas han sido puestas en tela de juicio. Pero, como veremos más adelante, a Beauvoir se la penalizaba muchas veces por tener la audacia de pensar en tales divisiones.

La propia filosofía de Beauvoir —desde sus diarios de estudiante hasta su último trabajo teórico sobre *La vejez*— establecía una diferencia entre dos aspectos de la conversión en uno mismo: la visión «desde dentro» y la visión «desde fuera». En su caso, para acercarnos a la visión «desde dentro», tenemos que basarnos casi exclusivamente en sus memorias. Hay motivos para dudar de lo que cuenta en ellas, por lo que he puesto de relieve las omisiones o contradicciones existentes en estos relatos, que ahora podemos observar gracias a los textos nuevos que han salido a la luz.

También he querido resaltar cómo cambiaba la percepción de su propio devenir a medida que envejecía. Sabemos que la imagen que de sí mismos que tienen los seres humanos se va modificando con el paso del tiempo; las investigaciones psicológicas muestran que el concepto de uno mismo cambia y que nuestros recuerdos se adaptan a él.<sup>48</sup> También sabemos que los seres humanos se presentan de distintas maneras en función de sus interlocutores. Para analizar algunas partes de la vida de Beauvoir contamos con sus cartas y diarios confidenciales, pero las cartas se escriben siempre para un lector en concreto, y los diarios también pueden escribirse con la vista puesta en la posteridad. Voltaire decía que lo único que les debemos a los muertos es la verdad;<sup>49</sup> pero, entre las historias que nos contamos a nosotros mismos, las historias que les contamos a los demás y las historias que cuentan de nosotros, ¿dónde está la verdad?

Esa pregunta no tiene una respuesta sencilla, y se complica aún más cuando la biografiada es una mujer. Como señala Carolyn Heilbrun: «Las biografías de mujeres, si es que alguien las escribe, se redactan bajo la coacción de un debate en términos asumibles, de un acuerdo con respecto a lo que se puede omitir».<sup>50</sup> La vida de Beauvoir desafiaba los convencionalismos; dejando de lado las consideraciones sobre la intimidad de los demás y la legitimidad de lo que escribía, si hubiera sido completamente sincera con respecto a su vida, todas esas revelaciones habrían sido aún más bochornosas para ella (y más alienantes para sus lectores). Por eso omitió gran parte de sus ideas filosóficas y de sus relaciones personales; es decir, no incluyó su «visión desde dentro». Son muchas las razones que podrían haberla llevado a actuar así, y por eso las iremos examinando a medida que vayan surgiendo en el contexto de su vida. Pero dado que Beauvoir era filósofa, antes debemos preguntarnos *por qué* es importante una biografía que aborde su vida y su obra.

Algunos filósofos consideran que no vale la pena leer la vida de los grandes pensadores porque sus ideas están en las páginas de sus obras. Con independencia de lo interesante o aburrida que sea la vida del filósofo en cuestión, no hay que meterla en el mismo saco que su filosofía. Por el contrario, hay quienes creen que la obra de una persona no puede entenderse sin conocer su vida, y que la información sobre la vida de un filósofo es necesaria para comprender el verdadero significado de su obra. El primer enfoque tiene el problema potencial de que su ahistoricidad produce en ocasiones malentendidos: por ejemplo, esta forma de leer la filosofía ha generado la falsa idea de que fue Sartre quien desarrolló la ética existencialista (a pesar de que la obra de Beauvoir sobre esta cuestión se escribió y se publicó antes, y de que Sartre no publicó nada al respecto durante su vida).

El segundo enfoque tiene la desventaja de que puede acabar *reduciendo* a los seres humanos a efectos ajenos a sus causas. Las biografías «reduccionistas» suelen aplicar un método que concede mucha importancia a la vida de la persona, en vez de dejar que la vida hable por sí misma. Estos enfoques son muy iluminadores, pero también pueden eclipsar a los propios protagonistas, retratándolos como si fueran producto de su infancia o de su clase social, en vez de ser fruto del yo en que han decidido convertirse.<sup>51</sup>

La propia Beauvoir se habría resistido a una distinción entre «vida» y «obra» tan rudimentaria como esta, como si la «obra» no estuviera viva y la «vida» no necesitara de una obra. Uno de sus principales argumentos filosóficos es que todo ser humano se encuentra *situado* en un contexto particular, dentro de un cuerpo particular, en un lugar y tiempo particulares, en el ámbito de una trama particular de relaciones. Esta situación determina la capacidad de cada persona para imaginar el lugar que ocupa en el mundo, y va cambiando con el paso del tiempo. Pero, en el caso de las mujeres, dicha situación ha estado condicionada por siglos de sexismo.

Al escribir sobre la vida de Beauvoir nos encontramos con otro tipo de reduccionismo, pues, además de examinar su vida basándonos en las experiencias formativas de su infancia y en otras perspectivas psicoanalíticas, o en consideraciones económicas, jerárquicas o sociales, debemos tener en cuenta las estructuras del sexismo. Ahora sabemos que sus escritos han sido recortados o mal traducidos al inglés y que las omisiones o los errores de traducción alteraron el rigor filosófico y el mensaje político de toda su obra. Pero el hecho de que sus escritos hayan sufrido semejante alteración nos plantea la pregunta de *por qué*. En el siglo XXI, el «feminismo» sigue siendo un concepto difuso con significados múltiples. La «libre elección» de una mujer es la «opresión» de otra. La ironía de un hombre es el sexismo de otro. Y ese es precisamente el tipo de ambigüedad que exploró Beauvoir en su madurez.

En sus escritos filosóficos y autobiográficos, el conflicto entre libertad y coacción resulta fundamental para el proceso del devenir ético. Sus obras literarias también exploraron esas cuestiones, aunque no cabe ninguna duda respecto a la relación con su propia experiencia vital. En *La sangre de los otros* (1945), el personaje de Hélène se opone a que sus pensamientos y su conducta queden reducidos a su baja extracción social: «Es ridículo tener que estar siempre explicando el comportamiento de las personas en función de circunstancias externas; es como si lo que pensamos y lo que somos no dependiera de nosotros mismos». <sup>52</sup> Y su filosofía también exploró ese conflicto. En el ensayo *Para una moral de la ambigüedad*, Beauvoir escribió que «el concepto mismo de acción perdería su significado si la historia consistiera en un flujo mecánico en el que el hombre aparece solo como un conductor pasivo de fuerzas externas». <sup>53</sup>

Esta biografía no pretende entender a la *verdadera* Beauvoir, porque ningún biógrafo tiene un punto de vista divino sobre la vida humana. Antes bien, este libro aspira a recorrer el peligroso terreno que se extiende entre la compartimentación de la vida y la obra de Beauvoir, por un lado, y la reducción de la obra a la vida misma, por otro. Pretende acreditar la idea de que sus acciones dependían de ella misma, además de reconocer —junto con Beauvoir— que una parte del devenir mujer consiste en no tener el control de todos los aspectos de la persona que vas a llegar a ser. En *El segundo sexo* nos dice que las mujeres están «condenadas a no poseer más que un poder precario: esclavas o ídolos, jamás han sido ellas mismas quienes han elegido su destino».<sup>54</sup> Más adelante se dio cuenta de que necesitaba ser «Simone de Beauvoir» por su imagen pública, y de que la imagen tenía un extraordinario poder; pero su filosofía la obligaba a pensar que lo único que podía hacer era seguir convirtiéndose en ella misma.

Beauvoir sintió la vocación de ser escritora desde los quince años, pero no siempre le gustó aquello en lo que se estaba transformando. En uno de sus primeros ensayos filosóficos, titulado *¿Para qué la acción?* (*Pyrrus et Cinéas*), dice que ningún ser humano quiere siempre lo mismo durante toda la vida: «No hay un instante en la vida en que todos los instantes estén reconciliados».<sup>55</sup> A veces, Simone de Beauvoir sentía que su vida era como un manantial del que bebían otras personas. A veces se sentía apabullada por las dudas o lamentaba profundamente la forma en que se trataba a sí misma y en que trataba a los demás. Cambiaba de opinión y hacía cambiar de opinión a otras personas. Luchaba contra la depresión. Amaba la vida, pero tenía miedo de envejecer y le aterraba la muerte.

Cuando estaba llegando al final de sus días, Beauvoir aceptó ser entrevistada por Deirdre Bair para que esta escribiese su biografía, en parte porque Bair quería escribir sobre *toda* su vida, y no solo sobre su visión del feminismo.<sup>56</sup> A Beauvoir no le gustaba que su vida quedase reducida a una sola dimensión. El libro de Bair —la primera biografía póstuma (1990), a la que tantos recurren para conocer la vida de la filósofa francesa— tiene la ventaja de ofrecer muchas entrevistas con la propia Beauvoir. Pero en ciertos aspectos no hace más que volver a contar la historia que ella misma había hecho pública.

Esta es la primera biografía de Beauvoir que se basa en la historia

no revelada por ella: muestra su formación intelectual antes de conocer a Sartre, y por qué desarrolló y defendió su propia filosofía de la libertad, por qué escribió novelas que apelaban a las libertades de sus lectores, por qué la escritura de *El segundo sexo* le cambió la vida y por qué recurrió a la autobiografía y al activismo feminista para ser una intelectual cuyas obras dejaran huella no solo en la imaginación de los lectores, sino también en sus condiciones de vida.

La redacción de este libro ha sido tremendamente difícil, en ocasiones incluso tormentosa. Beauvoir fue una persona cuyo recuerdo no quiero distorsionar, ni siquiera en sus aspectos más desconcertantes, asombrosos o perturbadores. Por muy bien documentada que esté una vida, toda esa documentación no es la vida en sí. En este aspecto he sido bastante selectiva, aunque soy consciente de que actúo guiada por mis propios intereses y de que dependo de una información que ya ha sido seleccionada antes por la propia Beauvoir. He intentado mostrar su humanidad en toda su amplitud: la seguridad en sí misma y las constantes dudas; la energía y la desesperación; los gustos intelectuales y las pasiones de la carne. No he mencionado todas sus conferencias, ni a todos los amigos ni a todos los amantes. Pero lo que sí he incluido ha sido su filosofía porque sin esta no podía ser fiel a sus contradicciones o sus aportaciones.

Beauvoir vivió una vida impresionante: fue una trotamundos que se cruzó con Picasso, Giacometti, Josephine Baker, Louis Armstrong y Miles Davis, por no hablar de las grandes figuras literarias, filosóficas y feministas del siglo xx. Charlie Chaplin y Le Corbusier asistían a las fiestas que se celebraban en su honor en Nueva York, donde en una ocasión dijo haberse fumado seis porros sin colocarse.<sup>57</sup> Pero sin la filosofía, Simone de Beauvoir no habría llegado a ser «Simone de Beauvoir», y esto es importante por dos razones igualmente cruciales: porque el mito de que Beauvoir era discípula de Sartre se ha mantenido durante demasiado tiempo, y porque sus discrepancias y sus constantes discusiones son una parte fundamental de su devenir.

Pero solo son una parte. En 1963, Beauvoir escribió que

la dimensión pública de la vida de un escritor no es más que una dimensión aislada de su existencia, y creo que todo lo que tiene relación con mi carrera literaria es solo un aspecto de mi vida privada. Y eso es exacta-

mente lo que yo intentaba determinar, tanto para mí como para mis lectores: qué significa tener una existencia pública desde un punto de vista particular.<sup>58</sup>

Beauvoir era crítica con la filosofía de Sartre y con su amor; y, sin embargo, él siguió siendo para ella, como al poco de conocerlo, «el amigo incomparable de su pensamiento». Sus ideas, demasiado provocadoras para sus contemporáneos, fueron silenciadas, ridiculizadas y despreciadas. Eligió una vida que le permitiera escribir sobre ellas porque valoraba su propia mente y estaba convencida de su fecundidad. A los diecinueve años, Beauvoir escribió en su diario que «la parte más profunda» de su vida eran sus ideas.<sup>59</sup> Y, pese a lo que había llegado a ser en la vida, cincuenta y nueve años después, una Beauvoir al filo de los ochenta seguía insistiendo en lo mismo: «Lo más importante para mí era la mente».<sup>60</sup>

Virginia Woolf dijo que «hay historias que cada generación debe contar de nuevo».<sup>61</sup> Pero en el caso de Beauvoir gran parte de su historia es demasiado invisible para que nadie la cuente. El relato que leemos en sus diarios y en su correspondencia —acerca de su amor a la filosofía y su inaudita manera de amar— cambia la forma en que se ha visto después su vida.



ILUSTRACIÓN 1. Simone de Beauvoir rodeada de su familia paterna en Meyrignac, en el verano de 1908. De izquierda a derecha: Georges, Ernest (el abuelo de Simone), Françoise, Marguerite (tía de Simone) y su marido Gaston (hermano de Georges).

# CAPÍTULO 1

---

## Crecer como una niña

Simonne Lucie Ernestine Marie Bertrand de Beauvoir nació a las cuatro y media de la madrugada del día 9 de enero de 1908 en el distrito VI de París, en un ambiente social prácticamente irrespirable.<sup>1</sup> El primer soplo de aire fresco que entró en sus pulmones lo hizo por las ventanas de un segundo piso que daba al bulevar Raspail; a los cuatro años, la pequeña Simone ya era capaz de extraer sus tarjetas de presentación del estuche de terciopelo que llevaba consigo cuando acompañaba a su madre en sus visitas.<sup>2</sup> Beauvoir vivió durante casi toda su vida en este elegante barrio de París, pero, cuando nació, la fortuna de la familia se estaba viendo seriamente mermada.

Los Bertrand de Beauvoir, originarios de Borgoña, pertenecían a la alta burguesía. Uno de sus antepasados obtuvo un título nobiliario en 1786, que solo le sirvió para que lo decapitaran poco después de la Revolución, en 1790. Pese a haber ocurrido un siglo antes de su nacimiento, este incidente ha dividido a los biógrafos de Beauvoir, quienes discrepan en su valoración del estatus de la familia. Bair, por ejemplo, hace hincapié en el linaje de los Beauvoir, mientras que Hélène, la hermana de Simone, le concede mucha menos importancia. Tras la decapitación de su venerable antepasado, la familia no sacó mucho partido de sus aspiraciones aristocráticas.<sup>3</sup>

No obstante, seguían conservando tierras y hasta un *château* en Lemusín. Pero el padre de Simone, Georges de Beauvoir, no era el primogénito, por lo que no podía heredarlas. Derrochaba encanto y talento intelectual, pero sus aspiraciones no coincidían con las de sus

padres, pues él quería ser actor. Su padre lo animó a elegir una profesión más respetable, y al final triunfaron las buenas costumbres: Georges estudió Derecho y trabajó en el bufete de un conocido abogado parisino. No era ambicioso: ni su padre ni su hermano habían tenido que trabajar para ganarse la vida, y, aunque su madre intentó inculcarle el valor del trabajo, este no hizo mella en él. Pero como quería casarse, terminó dejando su puesto de secretario para ejercer por su cuenta, con la esperanza de que sus perspectivas de futuro mejoraran.

En la sociedad comercial de su padre se le presentó una candidata magnífica: Françoise Brasseur, una joven procedente del norte y con una dote considerable. Aunque su nombre no llevaba preposiciones aristocráticas (como el «de» en Bertrand de Beauvoir), los Brasseur tenían mucho más dinero que los Beauvoir. Gustave Brasseur, el padre de la novia, era un próspero banquero de Verdún. Françoise era la hija primogénita, pero también la menos querida, porque su nacimiento frustró las esperanzas de Gustave, que anhelaba tener un heredero varón. De pequeña se educó en un convento y sus padres apenas se ocuparon de ella, hasta que se vieron en dificultades económicas y entonces se acordaron de que Françoise ya estaba en edad de casarse. Aquella no fue la única vez en que los Brasseur mostraron su decepción por el nacimiento de una niña: después de habérselo hecho sufrir a su hija, Françoise volvió a padecerla al convertirse en madre de una niña, y a lo largo de su vida tan solo recibió frialdad por parte de sus padres.<sup>4</sup>

Los Brasseur y los Beauvoir se encontraron en 1905 en un terreno neutral: el balneario de Houlgate, en tierras normandas. A Françoise no le hacía demasiada ilusión el encuentro, pero estaba nerviosa por el ritual con el que debía cumplir: según la tradición, el pretendiente tenía que verla por primera vez siguiendo un guion minuciosamente preestablecido. Ella debía permanecer en el hotel junto con sus compañeras del convento, en un entorno que reflejara su belleza y su posición social, y luego el pretendiente tenía que valorar las aptitudes de su posible compañera cuando esta presidiera la tertulia y sirviera a los invitados el té. Unas semanas después, Georges se le declaró formalmente y, aunque era un matrimonio de conveniencia, para cuando se celebró la boda, el 26 de diciembre de 1906, los cónyuges ya estaban firmemente unidos por los lazos del amor.<sup>5</sup>

Simone recordaba que, en su infancia, sus padres mantenían una relación apasionada, tanto física como emocionalmente.<sup>6</sup> Ella nació justo un año después del enlace matrimonial. Aunque eran felices, ambos seguían intentando combinar sus vidas y sus esperanzas; por entonces su madre contaba veintiún años de edad, y su padre, diez más. El estatus social de Georges se reflejaba en la dirección elegida —103, bulevar de Montparnasse—, pero no así en el mobiliario de la casa. Georges quería recrear el esplendor de la mansión paterna, mientras que Françoise era una joven provinciana más bien desconcertada por la sociedad en la que había de desenvolverse.

Pese a sus diferencias (o tal vez porque las circunstancias las mantenían latentes), durante unos meses la familia disfrutó de una vida colmada de felicidad y armonía. La sirvienta, Louise, se ocupaba de bañar y alimentar a Simone, así como de la cocina y de las demás tareas domésticas. Georges iba todas las mañanas al Tribunal de Apelación, y a menudo regresaba del trabajo con un ramo de las flores favoritas de su mujer. Ambos jugaban con el bebé hasta que Louise lo acostaba, cenaban en cuanto esta les servía en la mesa del comedor, y pasaban la tarde entre la lectura en voz alta y el bordado. Georges asumió la responsabilidad de proporcionar a su mujer la cultura apropiada para su clase; y Françoise, por su parte, asumió la responsabilidad de no aprender más de lo que convenía a su sexo.

Dos años y medio después de la boda, el matrimonio no había recibido aún la dote de Françoise, porque su padre, caído en desgracia, tuvo que huir de Verdún. En julio de 1909, el banco de Gustave Brasseur recibió una petición de liquidación, y todos sus bienes fueron incautados para satisfacer la deuda, incluidas las propiedades personales de la familia Brasseur. Para mayor deshonra, el propio Gustave acabó en la cárcel, donde estuvo trece meses antes de ser juzgado y condenado a cumplir quince meses más. Pero, como aún conservaba algo de su antigua influencia, fue puesto en libertad antes de lo previsto. Tras su liberación se trasladó a París junto con su mujer y su hija pequeña para estar cerca de Françoise y empezar de nuevo.

Este inesperado giro de los acontecimientos supuso la pérdida de la dote de Françoise, pero, aun así, la familia siguió viviendo en armonía y llena de esperanza. Eran felices y su fortuna parecía asegurada: Georges tenía unos ingresos razonables y había invertido su (modes-

ta) herencia de manera inteligente. Él cuidaba de Françoise con ternura, y ella se transformó en una mujer alegre y risueña.<sup>7</sup>

El 9 de junio de 1910 nació su segunda hija. La bautizaron con el nombre de Henriette-Hélène Marie, pero la llamaban Hélène o, en familia, «Poupette» («Muñequita»). Aunque solo era dos años y medio más joven que ella, Simone veía a Hélène como a una alumna que necesitaba de su experta tutela; ya era una profesora en ciernes. Toda la familia quería que fuese un niño, y Beauvoir percibió su decepción cuando nació Hélène; más adelante escribió en sus memorias (recurriendo al eufemismo) que «acaso no sea indiferente que hayan suspirado alrededor de su cuna».<sup>8</sup> En las memorias de la propia Hélène leemos que, cuando tuvieron noticia del nacimiento, sus abuelos escribieron una carta felicitando a Georges y a Françoise por la llegada de su nuevo hijo. Cuando les dijeron que era una niña no se molestaron en manchar más papel y simplemente añadieron una posdata: «Veo que ha nacido una niñita, por voluntad de Dios».<sup>9</sup>

Beauvoir describió sus primeros años como una época de «inquebrantable seguridad», solo rota al comprender que, en última instancia, ella también estaba «condenada a ser una paria de la infancia». Le gustaba salir a jugar, correr por el césped y examinar las hojas, las flores, las vainas y las telas de araña. Todos los veranos pasaban dos meses en la campiña: un mes en casa de Hélène, su tía paterna (en La Grillère, un *château* del siglo xix), y otro mes en la finca de su padre, en Meyrignac. El *château* de Meyrignac era una propiedad de más de doscientas hectáreas en la que Simone podía perderse por la naturaleza; de adulta, siguió relacionando el campo con la soledad, la libertad y la ventura más alta.<sup>10</sup> Pero, pese a su grandeza, y para sorpresa de algunas de sus visitas parisinas, el *château* no tenía electricidad ni agua corriente.<sup>11</sup>

El piso de París, por el contrario, era una vivienda elegante, reluciente y de un rojo abrumador: tenía tapicería y moqueta de color rojo, un comedor estilo Renacimiento decorado en rojo, cortinas de terciopelo rojo y seda roja. Las paredes del salón estaban cubiertas de espejos que reflejaban la luz de una araña de cristal, y en la mesa había posacuchillos de plata. Françoise daba las buenas noches a su hija vestida de tul y terciopelo, para luego regresar al salón y tocar el piano para sus invitados. En la ciudad, la soledad y los espacios naturales

eran mucho más difíciles de encontrar: Simone tenía que conformarse con su «campo de juegos comunitario», es decir, los Jardines de Luxemburgo.<sup>12</sup>

Simone fue una lectora precoz, y su familia se afanaba en cultivar su curiosidad. Su padre elaboró para ella una antología de poesía, enseñándole a recitar «con el tono adecuado», en tanto que su madre la suscribió a numerosas revistas y servicios bibliotecarios.<sup>13</sup> El año en que nació Simone los colegios públicos pudieron por fin preparar a las niñas para el *baccalauréat*, el examen de acceso a la universidad. Pero las chiquillas de su entorno social no iban a colegios públicos. En octubre de 1913 (cuando tenía cinco años y medio), sus padres decidieron matricularla en un colegio católico privado, el Adeline Désir Institut (al que ella llamaba *Le Cours Désir*). Aunque dio saltos de alegría al saber



ILUSTRACIÓN 2. Françoise de Beauvoir con sus hijas, Hélène (a la izquierda) y Simone (a la derecha).

que iba a asistir a la escuela, para una niña de su condición social el hecho de ir al colegio era algo negativo, pues los ricos tenían siempre institutrices en casa. Simone solo iba al colegio dos días a la semana —los miércoles y los sábados—, y el resto del tiempo su madre la ayudaba a hacer los deberes en casa, mientras que su padre se interesaba por sus avances y sus logros.<sup>14</sup>

Hélène echaba de menos a su hermana los días de colegio, pero su relación siguió siendo muy estrecha, en parte por el cariño que se tenían y, además, porque no se les permitía relacionarse con ninguna persona a la que su madre no hubiera dado el visto bueno, y esta consideraba que muchas de sus compañeras no eran dignas de ellas. Georges y Françoise adoraban a su hija mayor, pero a la pequeña no la consideraban todavía como una persona con derechos propios. Hélène sabía que sus padres estaban orgullosos de Simone: cuando esta se convirtió en la primera de la clase, su madre se deshizo en elogios; en cambio, cuando Hélène fue la primera de su clase, su madre atribuyó el éxito a la ayuda de su hermana mayor, que le facilitaba el trabajo. «Como nací en segundo lugar —escribe la propia Hélène—, no fui bien recibida. Pero Simone me valoraba, aunque habría podido hundirme poniéndose de parte de mis padres, y por eso seguí estando muy unida a ella en todo momento. Siempre era cariñosa y siempre me defendía de ellos.»<sup>15</sup> En casa tenían pocos juguetes, pero las hermanas se divertían jugando a juegos imaginarios y contándose cosas.<sup>16</sup>

A los siete años Simone hizo la primera comunión en privado, y siguió comulgando tres veces a la semana, ya fuera con su madre o en la capilla privada del Cours Désir. Ese mismo año escribió el primer relato de que tenemos noticia, *Les Malheurs de Marguerite* [Las penas de Marguerite], que ocupaba cien páginas y estaba escrito a mano en un cuaderno de bolsillo que le había regalado su abuelo Brasseur.<sup>17</sup>

Hasta los ocho años solo había una persona por la que Simone sintiera verdadero respeto: su primo Jacques. Este era seis meses mayor que ella, pero había recibido una educación masculina, y muy buena, por cierto: Simone estaba deslumbrada por la seguridad que tenía en sí mismo. Un día, él le hizo un auténtico vitral en el que grabó su nombre. Decidieron que estaban «casados a los ojos de Dios», y ella se refería a él como «su prometido».<sup>18</sup> Más adelante Hélène escribió que, de no ser por su aislamiento, Simone no habría dado tanta

importancia a aquel novio de la niñez, pero, durante al menos diez años, siguió pensando que se casaría con él.

El día en que empezó cuarto de primaria (a sus nueve años), Beauvoir conoció a otra persona que merecería su respeto: alguien cuya vida y muerte iban a causarle un profundo impacto. Elisabeth Lacoin —o Zaza, como la llamaba ella—<sup>19</sup> era una vivaz y brillante alumna del Cours Désir, y, cuando se conocieron, surgió entre ellas una amistosa rivalidad. Zaza le mostró una nueva y deliciosa dimensión de la vida: la amistad. Con Hélène, Simone había aprendido lo que significaba decir «nosotras»; con Zaza aprendió qué era echar de menos a alguien.

Hélène de Beauvoir describe a Zaza como una niña muy nerviosa —«igual que un elegante caballo de carreras a punto de salir disparado»—,<sup>20</sup> pero para Simone era todo un prodigio. Tocaba el piano maravillosamente, escribía con elegancia, resultaba femenina sin perder su «audacia varonil» y tenía el valor no solo de admirar a Racine (como debía ser), sino también de detestar a Corneille (como no debía ser). Zaza tenía ideas subversivas; en una ocasión le sacó la lengua a su madre durante un recital de piano y, pese a estas estridentes demostraciones de «personalidad», su progenitora la acogía con cariño y afecto.

De manera que Simone, además del dulzor de la amistad, percibió por vez primera algo más amargo: el regusto de la comparación.

Más adelante se dio cuenta de que no era justo comparar su propia vida, y la vida de su propia madre, con la de Zaza: «Me percibía a mí misma desde dentro, y la veía a ella desde fuera».<sup>21</sup> A los dieciocho años, Beauvoir empleaba esa distinción, que tan importante sería en su obra, entre la «dualidad tan habitual entre el ser que soy desde dentro y el ser visto desde fuera».<sup>22</sup>

Con el tiempo, ella misma reconoció que Madame Lacoin, la madre de Zaza, provenía de una buena familia católica, contrajo matrimonio católico y era una buena católica madre de nueve hijos (tal como observaron los padres de Simone cuando empezaron a fomentar su amistad con Zaza). También era rica, y estaba lo bastante integrada en su entorno social como para tolerar las provocaciones de Zaza, porque podía reírse de las convenciones. Lo mismo cabía decir de Madame de Beauvoir.

Si la infancia pudiera resumirse en un par de mandamientos, para

Simone de Beauvoir los dos más importantes serían «no *harás* lo que no es debido» y «no *leerás* lo que no es adecuado». Su madre había recibido una rígida educación, determinada por «el recato provinciano y la moralidad conventual». <sup>23</sup> Su inquebrantable fe en Dios iba acompañada de una atención igualmente inquebrantable en lo que hace a la formalidad: «Ni se le pasaba por la cabeza manifestar su desacuerdo con una falta de lógica sancionada por las convenciones sociales». <sup>24</sup> Si eso suponía que un amigo suyo, que vivía «en pecado» con una mujer, podía ser recibido en casa pero la amante no, que así fuera. Françoise tenía la tendencia, en palabras de su hija, «a confundir la sexualidad con el vicio»: asociaba el deseo con el pecado. Si la sociedad permitía las indiscreciones de los hombres, ella también lo haría; las mujeres cargaban con la culpa de su insatisfacción. A Françoise le repugnaban los temas «físicos», por eso no los trató nunca con sus hijas; Beauvoir se enteró de las sorpresas de la pubertad gracias a su prima Madeleine.

Madeleine tenía unos años más que Simone, así que sabía mucho más acerca del cuerpo y de su uso «inadecuado». Un día estaban en la campiña y les habló a ella y a Hélène de los cambios corporales que pronto iban a experimentar. Les explicó el significado de términos misteriosos —«amante», «querida»—, despertando a la vez su curiosidad por la cadena de causas que conducen al parto. Envalentonadas por sus nuevos conocimientos, cuando regresaron a su residencia en París, Hélène le preguntó a su madre que por dónde salían los bebés. Esta les dijo que salían por el ano y sin dolor alguno. Con este y otros muchos ejemplos, Françoise engañaba a sus hijas de una manera chocante con respecto a las posibilidades de su propio cuerpo; Beauvoir llegó a creer que su cuerpo era una cosa «vulgar y repugnante». <sup>25</sup>

Françoise, sin embargo, no descuidaba un ápice el intelecto: llegó incluso a aprender inglés y latín para ayudar a sus hijas. Tanto ella como Georges concedían mucha importancia a la educación —pensaban que para ser culto había que leer mucho—, pero discrepaban de manera drástica en lo tocante a la religión. Si Françoise era una católica devota, Georges, en cambio, se caracterizaba por su férreo ateísmo. Esta divergencia produjo un gran impacto en Beauvoir. Su padre la abastecía de libros: ediciones cuidadosamente seleccionadas de las grandes obras de la literatura universal. Su madre, que era un modelo

sacrificial de devoción católica, le suministraba literatura religiosa. Françoise asistía a clase con sus hijas (cosa que el Cours Désir permitía hasta que las alumnas cumplían diez años) y las llevaba a misa a Notre-Dame-des-Champs o a San Sulpicio. Cuando Beauvoir cumplió los dieciséis, la educación y el catolicismo empezaron a crearle tiranteces con sus padres. Tiempo después escribió que su infancia fluctuaba entre el escepticismo y la fe, y achacaba ese «desequilibrio» al hecho de convertir su vida en «una especie de disputa interminable»: según ella, esa fue la razón principal por la que llegó a ser una intelectual.<sup>26</sup>

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914, Georges y Françoise se trasladaron a La Grillère hasta que fuese seguro regresar a París, pues tenían miedo a la ocupación de los alemanes. Simone recuerda que en aquella época realizaron tejidos y conservas como parte del esfuerzo de guerra, y que esa fue la única vez en su vida que hizo con gusto ese tipo de labores femeninas.<sup>27</sup> El año anterior Georges había sido excluido del servicio militar por problemas de salud. Pero, aun así, lo llamaron a filas, y en octubre llegó al frente. Al cabo de unas semanas sufrió un infarto, de modo que volvieron a eximirlo del servicio y lo enviaron a un hospital militar para que se recuperase. Cuando a principios de 1915 abandonó el hospital y lo trasladaron a París, Georges se reincorporó al Ejército, esta vez en las oficinas del Ministerio de Defensa. En París la inflación se había disparado; él tenía poquísimos ingresos y sus inversiones rendían cada vez menos. Sus gastos, sin embargo, no disminuían en consonancia.

En esos años, Simone pasó de la niñez dorada a la incómoda adolescencia. Mientras que la salud y los rasgos infantiles de Hélène hacían que tuviera cada vez más sentido el epíteto de «Poupette», ella comía poco, parecía enferma y encima le diagnosticaron escoliosis. La severidad del código moral de su madre, las estrecheces económicas y las normas impuestas en París durante los apagones le abrieron nuevas vías para ganarse la confianza de sus padres.

Se estaba convirtiendo en una joven formal, cuando, de pronto, todo su universo empezó a tambalearse.